

DISCURSO DE APERTURA

LA PRIMACIA DE LA CULTURA

POR ANGEL GONZÁLEZ ALVAREZ

INAUGURACIÓN

Entre las satisfacciones con que la Providencia va empedrando nuestra vida de servicio a la sociedad española, ocupa primerísimo lugar la que nos otorga con la inauguración del III Congreso Nacional de Pedagogía: Sólo a través de la cultura que se crea y se imparte en los centros de enseñanza se levantará España de su secular postración. Jamás nos cansaremos de repetir que el porvenir de nuestro pueblo, su desarrollo económico y social, su misma riqueza y su preparación para las empresas que ya urgen depende en primera instancia del cultivo de sus fuerzas intelectuales. El mundo de nuestros agricultores se queja del escaso rendimiento del campo, sin advertir que el remedio está en la racionalización de su cultivo. El sector industrial se lamenta de la falta de productividad de sus operarios, pero no dedica ninguna parte de sus dividendos a la formación profesional. Los pesimistas de todas las horas no se cansan de poner de relieve que nuestro país fue pobremente dotado de medios materiales, pero olvidan que semejante penuria puede vencerse a golpes de ingenio.

Hay que reaccionar vigorosamente contra la injusticia de tantos ataques mal intencionados. No es verdad que el milagro español consista en que seguimos viviendo después de tres siglos empeñados en no trabajar. No es cierto que nuestras gentes estén enviadas en una pereza consuetudinaria ni en una holgazanería secular. Puede asegurarse, por el contrario, que ningún pan ha costado tanto sudor ni se ha amasado con tanta diligencia como el de nuestros pueblos castellanos. La misma indolencia y falta de laboriosidad que se nos echa en cara no resiste la confrontación ante los evidentes triunfos y la alta cotización de nuestros trabajadores en el mundo laboral internacional.

No. Nuestro mal no clava sus raíces en la pobreza de España ni en la infradotación de nuestras gentes ante el mundo de la producción. Tengamos la valentía de confesarlo: la fuente de nuestros males hay que ponerla en nuestra ignorancia colectiva, en la falta de instrucción fundamental y de formación técnico-profesional de amplios sectores de nuestra población. No es que se nos haya enseñado mal. Resultan intolerables esos golpes bajos con que se ataca a nuestras instituciones docentes. Nuestros centros de enseñanza, nuestros profesores y nuestros alumnos, han alcanzado niveles inmensamente superiores a los que cabía esperar de la asistencia social que se les presta. Lo que sucede es que se nos ha enseñado poco a pocos. El problema de España es un problema de extensión de la cultura y de universalización de la enseñanza. Mientras no cuidemos ese millón largo de muchachos que apenas alfabetizados campan por sus respetos, desde que cumplen los doce años hasta que ingresan en el mundo laboral, no nos habremos colocado en la pista que conduce a la solución de nuestros problemas. Y nuestra sociedad seguirá empecatada, dejando incumplido el insoslayable deber de la justicia social que manda facilitar el ejercicio del derecho natural a participar en los bienes de la cultura y, por tanto, el derecho a una instrucción fundamental y a una formación técnico-profesional, de acuerdo con el grado de desarrollo que ha alcanzado nuestra comunidad política.

Para poder llegar a la formación de grupos minoritarios y de cuadros especializados que se pongan al frente de los grandes sectores de la vida económico-social es necesaria la creación del gran sistema educativo dedicado a la explotación de todas las

reservas intelectuales de la nación. Si la educación es el perfeccionamiento del hombre, tensado desde la inmadurez a la plenitud, lleva clavada en su propia entraña una exigencia de universalidad comprensiva y extensiva. La enseñanza logra universalidad comprensiva cuando se dirige a todas las facetas del desarrollo personal desde las que tienen significación física y sensible hasta las que se abren al orbe de lo espiritual y religioso pasando por las que se refieren al triple orden especulativo, práctico y técnico o productivo. Y la enseñanza logra universalidad extensiva cuando se dirige a todos los ciudadanos de la nación para explotar las riquezas soterradas en su alma en la justa medida que reflejan sus capacidades y aptitudes. Puede asegurar solemnemente que nuestros centros de enseñanza, tanto oficiales como no oficiales, están dispuestos a dar satisfacción al primer tipo de universalidad. Nuestros planes de enseñanza, que no son tan malos como la gente cree, y nuestros claustros de profesores, mucho mejores de lo que se les estima, están preparados para verificar una formación integral que armonice en el complejo sistemático lo físico y lo sensible, lo sentimental y lo estético, lo especulativo y lo práctico, lo social y lo político, lo moral y lo religioso. El Ministerio de Educación, responsable directo en el orden político de este importante sector de la vida nacional, siente la impaciencia de que nuestro sistema educativo gane cuanto antes aquel segundo tipo de universalidad, extendiendo la enseñanza a todos los individuos del cuerpo social sin más discriminación que la que nazca de sus aptitudes. No cejaremos en nuestro empeño hasta conseguir que todos los españoles se preparen y dispongan para la fecundidad, y la nación no esté privada de ninguna clase de frutos que cada tiempo histórico exija.

Para ello es preciso crear un estado de conciencia colectiva que reconozca la primacía de los valores culturales y anteponga los intereses de la enseñanza a todas las demás necesidades por imperiosas que parezcan. Tenemos que percatarnos de que el éxito de nuestro plan de desarrollo económico y social sólo podrá asegurarse si flanqueamos su realización con una mayor preparación de nuestro pueblo y ponemos su sentido y su finalidad última en los dominios del espíritu y de la cultura. Quisiéramos llamar con fuertes aldabonazos a la conciencia de los padres de

familia para que se despertaran a la conciencia de que en la sociedad que se avecina de poco valdrán las riquezas materiales que puedan ellos acumular para dejarlas en herencia a sus hijos, preparados sólo para su administración y su consumo. Serán incomparablemente más rentables la explotación de las riquezas soterradas en el alma de sus hijos, preparados profesionalmente para crear por sí mismos la prosperidad y formarlos espiritualmente para disfrutarla. La prosperidad material que afanosamente buscamos se encuentra encerrada en los cerebros, en los yacimientos intelectuales, especialmente en las virtualidades especulativas y técnicas que la enseñanza alumbra y la educación pone a punto. Es de capital importancia que no equivoquemos el camino en asunto de tanta trascendencia para el futuro de nuestros hijos y de la patria entera.

Con los mejores augurios y las más firmes esperanzas, en nombre de Su Excelencia el Jefe del Estado y por encargo expreso del Ministro de Educación Nacional, declaro inaugurado el III Congreso Nacional de Pedagogía.